

# Navidad en New York

POR  
CARLOS SENTIS

**S**UMERGIDAS por las docenas de pisos de los rascacielos, las Navidades en el Manhattan estuvieron a punto de naufragar lamentablemente. Pero digámoslo en seguida: no ha sido así; las Navidades en Nueva York se han salvado. Se han salvado por un pelo, pero se han salvado.

En un principio las familias, los pueblos que de Europa se expatriaban para arraigar en el Nuevo Mundo continuaron fieles a las celebraciones religiosas y cristianas. No fué hasta la llegada del maquinismo, el industrialismo y el «colosalismo» de Nueva York o de Chicago cuando las Navidades americanas estuvieron a punto de convertirse en otra cosa, como tantas otras características europeas se han metamorfoseado al trasplantarse a América.

El comercio neoyorquino se apoderó—¡se ha apoderado!—de tal manera de las Navidades, que ha estado a punto de convertirlas en una jugada de Bolsa. La moderna propaganda, el «puede-lo-todo» de la vida norteamericana, aferró con su dura mano las Navidades para convertirlas en pretexto para hacer comprar a las gentes verdaderas montañas de cachivaches y hacérselos regalar unos a otros. Con bastante anterioridad a las Navidades, los periódicos y revistas se inundan de anuncios. ¿Anuncios de qué? Anuncios de todo; hasta anuncios de anuncios. Los Santa Claus empiezan a tocar campanillas en las puertas de los grandes almacenes. Auténticos torrentes de gente penetran en ellos. Sólo alguna vez me dejé llevar por el torrente y siempre sufrí la misma impresión de quedar dominado, entregado a la merced de una fuerza de la naturaleza. Si se entra una tarde del mes de diciembre en «Macy's» o en «Gimbel's», los dos rivales y supergrandes almacenes de Nueva York, no se puede salir cuando se quiere ni se puede ir donde se pretende. Un hombre «lanzado» a la corriente humana que serpentea por los pisos de «Macy's» o de «Gimbel's» hace la misma figura del ser humano llevado por las dominantes aguas de un río cuando pasan por un cañón o cuando saltan por unos rápidos. He dicho «llevado». Así es. Y aún más: ¡llevado en volandas!

Where there's Coca-Cola there's Hospitality



## "IT'S SANTA CLAUS!"

A SHORT CHRISTMAS STORY by H. E. Curtis

LAST Christmas Eve, I was driving to church to play Santa Claus for the children, my car filled with gaily wrapped packages. Since I was late, I was tempted to step on the gas. But it was snowing and the road was slippery, so I decided not to take a chance.

"At the split second I turned the corner toward the church, a boy on a sled darted out of the driveway. Putting on my brakes, I screeched sharply, but my car hit the sled.

"In a panic I jumped out of the car and saw the overturned sled. Then I could hardly believe my eyes. There was the boy—standing up and apparently unharmed.

"It was a miracle! Suppose I hadn't been driving so slowly? I couldn't help throwing my arms around the child. Seeing my costume, he cried out, 'Why, it's Santa Claus!'

"No, I'm not Santa Claus," I replied, 'but I've just had the finest Christmas present in the world.'

"At the sound of my voice, the youngster looked up at me in amazement. 'Daddy,' he shouted."

"Whenever you get behind the wheel of your car, remember that it pays to drive carefully. Always expect the unexpected. The life you save may be your own."



\* We work to keep you safe... by helping you avoid accidents in your home and on the highway... by planning protection on your home and car to safeguard you from crippling financial loss... by prompt payment of fair claims.



Complete ENTERTAINMENT ALL IN One LUXURIOUS CONSOLE \$549.50

From Admiral... comes this triple thrill in complete home entertainment. MAGIC MIRROR TELEVISION brings you steady, mirror-clear pictures on a big 10" direct-view screen... the clearest pictures of them all. Super-powered by 29 tubes (including reciters) to assure dependable performance even in outlying areas. Complete channel coverage. Here, too, is a powerful 30-AM RADIO including the finest features in state-of-the-art FM as engineered by Admiral. New 3-SPEED AUTOMATIC PHONOGRAPH plays standard as well as the sensational new L.P. (long play) microgroove records. Imagine 45 minutes of music... equivalent to a standard 10-record album... all from a single 12" record. Truly a triple thrill... all combined in a breathtakingly beautiful cabinet only 18 inches wide! See it! Hear it! Today!

Admiral "Triple Thrill" in Television, 1951, 1952, 1953  
AMERICA'S SMART SET

Merry Christmas for every Smoker

# Camel Cigarettes

Camels are so mild... and so full-flavored... they'll give real smoking pleasure to every smoker on your Christmas list. The smart, gay Christmas cartoon has a gift card built right in—for your personal greeting.

## Prince Albert Smoking Tobacco

... and all through the house

(These Heavenly Carpets by LEES)

The most beautiful things in life should be the things you live with every day. Fine carpets—for instance—handmade, richly dyed and richly loomed by Lees from imported wool. A wide choice of colors, patterns and textures in a complete price range. The carpet shown is Persianic.

THE SATURDAY EVENING POST

... it wouldn't be Christmas without—Whitman's CHOCOLATES

Merry Christmas

The SAMPLER Four Famous Wafers of Candy in One Box

The FAIRHILL Rich and Creamy Popular Assortment

The ANTIQUE Historic Confections to the Satisfy



La densidad y presión de la multitud semoviente llega a tal punto, que los pies, en virtud del «apretón», se levantan del suelo y así se avanza como momia egipcia transportada en lenta procesión. Los «Macy's» organizan una calbata de tales proporciones, que se ha convertido ya en una auténtica atracción anual del Manhattan. Y el «Gimbel's» no se queda atrás...

Por todos estos motivos, a principios de diciembre, el extranjero (particularmente si es europeo o latino) relativamente recién llegado a Nueva York cree poder adivinar que los «Christmas Days» van a ser algo que tendrá que ver más con el «Macy's» o el «Gimbel's» que con el pesebre de Belén o con la salvación de los hombres. Eso creía yo en las primeras semanas de diciembre que pasé en Nueva York. Pero después vinieron los auténticos días de Navidad y me sorprendió otra visión. Visión que confirmé en unas segundas Navidades.

Vi, conforme se acercaba el luminoso día 25, cómo Nueva York entero hacía un titánico esfuerzo para arrancarse, día a día, hora a hora, el comercialismo e inocular poesía al negro asfalto y a los grises muros de los rascacielos. Un día, muy pronto en diciembre, llega el árbol de Navidad que trae anualmente al Canadá Nelson Rockefeller. El árbol de Navidad, de neto origen alemán, jamás ha obtenido tanto prestigio como en Nueva York. Cualquier árbol entre tanto inexpresivo edificio gris adquiere un valor de cosa simbólica, casi mítica. Se necesita para transportar el árbol de Rockefeller un camión especial. En el cuadro—rodeado de rascacielos—del «Rockefeller Center» las grúas levantan, bajo los ojos de millares de espectadores, el gigantesco árbol, que, a las pocas horas, provisto de globos luminosos y multicolores, hace alcanzar a su copa la altura de ocho o diez pisos. Por entre las ramas del enorme árbol de Rockefeller no sólo hay globos luminosos, sino altavoces que desgranar, en el atardecer y durante la noche, sus musiquillas de-Navidad.

El árbol de Rockefeller es el más alto. Pero no es el único que se levanta por calles y plazas. Al metálico Wall Street le «nace» un gran árbol en la mitad de la calzada. En los «barrancos» que forman las calles rodeadas por tan enormes y altos edificios resuenan las campanas, las canciones y villancicos que multiplican o proliferan los altavoces muy a menudo, graciosamente disimulados.

El Municipio neoyorquino no ha querido quedar atrás en este esfuerzo particular de «arbolar» y decorar el Manhattan. Recientemente, el alcalde «repobló» de árboles el jardincillo central—un poco más ancho que el recientemente inaugurado en la madrileña calle de Alcalá—de la Park Avenue, en mi modesta opinión la más completa y magnífica calle del Manhattan. Iluminada por los globos o faroles rojos, blancos y azules, distribuidos entre el ramaje de los árboles que se levantan en el centro de la Park Avenue, la perspectiva que se divisa desde cualquier ventana de un alto rascacielos es absolutamente inolvidable.

Fué en 1947 cuando se inauguró la extensión de tres millas de árboles de Navidad a lo largo de la Park Avenue. En estos últimos años, después de la guerra, la fiebre creadora de árboles luminosos y sonoros ha aumentado incesantemente. ¡Arboles por todos los lados! En las terrazas de los grandes almacenes, en las ventanas y balcones y, no digamos ya, en el interior de todas las casas. La familia Roosevelt, por cierto, se ha aprovechado enormemente de este auge, vendiendo pequeños árboles de una plantación especializada que posee en su finca de Hyde Park. Los encargados de la venta de árboles son los hijos. En los últimos años ganaron un dólar por árbol. Pero el comercio de la familia Roosevelt, como el mismo de «Macy's», no logra tampoco disminuir el halo de poesía que logra dominar al Manhattan en los días navideños.

Llegados esos días de Navidad, cesa la febril actividad humana de los días anteriores, y, gracias a que entonces nieva casi todos los años, la ciudad logra desasirse del prosaísmo.

Porque el secreto último de que la Navidad no se haya desnaturalizado en Nueva York, y sin lo cual el esfuerzo de árboles, música y campanas sería casi inútil, es la cantidad de nieve que disimula las aristas y borra o suaviza los grises. La ciudad, en realidad, antítesis de los paisajes de los Belenes, posee, por arte y magia de la nieve, la misma calidad enternecedora que se consiguen en éstos salpicando de harina los techos de las casas de cartón. A veces, como ocurrió en el año 1947, la nieve no se limita a «salpicar». En ese año fui testigo de la mayor nevada que se ha registrado en un siglo. En muchos sitios, los coches quedaron materialmente enterrados en la nieve, y sobre la ciudad cayó un inmenso manto blanco que acabó de idealizar el paisaje.

El espíritu religioso no hace más que aprovecharse de esta atmósfera de poesía de que muy recientemente se ha dotado Nueva York, como hemos visto, tanto por iniciativa oficial como particular. El cardenal Spellman, desde su catedral de San Patricio, en plena Quinta Avenida, ha luchado para que en las Navidades neoyorquinas lo comercial no barra totalmente lo religioso. Siempre me acordaré de que en pleno Times Square vi a un desgraciado ser que vendía por la calle una revista titulada *El ateo*. Lo voceaba así: «Comprad *El ateo* y ahorraréis dinero para Navidad.» Es decir, cuando alguien quería atacar el espíritu religioso de las Navidades, se apoyaba, como los mercaderes del templo, también en el dinero. Recuerdo que me quedé contemplándolo un rato y no pude verlo vender un solo ejemplar. El transeúnte le daba una mirada con aire inconfortable, como cuando se mira una mosca revoloteando alrededor del plato, y seguía su presuroso y nervioso caminar.

¿Son melancólicas las Navidades en Nueva York? Yo creo que no. Creo que la melancolía la lleva dentro quien pasa en corral ajeno las Navidades. Desde mi ventana veía las del Rockefeller Center, casi todas apagadas, reflejando los colores de los árboles de Navidad. La espesa capa de nieve ayudaba, por su parte, a hacer más audible el tañer de las campanas... Todo era algo irreal, pero algo triste. Siempre, en las ciudades extranjeras, hasta en París, me han parecido muy melancólicas las Navidades. ¡Las Navidades septentrionales y sajonas son, además, tan distintas a las nuestras! ¡Nunca puedo imaginarme a Santa Claus de otra manera que como portero de los grandes almacenes. Su traje de pieles y su campana me parecen vulgares disfraces. Santa Claus es un personaje sin prestigio para mi memoria. Yo en quien creo es en los Reyes Magos de Oriente...



El motivo neoyorquino del árbol de Noel, levantado en plena calle, tomado como portada de una gran revista norteamericana.

El motivo se repite como escena imprescindible, ya tradicional, dentro de muchos hogares, reducido el árbol a medidas domésticas.

